

(Traducción en español)

Roma, 1963

El hábito de los cristianos¹

A veces, Señor, en las vanidades ambulantes por las calles de la ciudad, entre la frivolidad y la superficialidad, la tristeza y la prisa del hombre, de cada hombre que pasa, el suave murmullo de un hábito de monja, el silencioso y angélico pasar de una “hermanita de Foucauld” con su aspecto decididamente humilde, sigue diciendo a nuestras almas el ideal de su fundador, que «gritó» el Evangelio con su vida.

Y entonces renace con mayor vehemencia el deseo de “anunciarte” también nosotros, de “gritar” tu presencia también nosotros....

Pero ¿cómo podemos, sólo con pasar, “darte” al mundo, “decirte” al mundo, testimoniarte, predicarte, nosotros que vestimos como todos, que nos mezclamos siempre con todos, como María en su tiempo, como Jesús? ¿En qué podrán conocerte?

Y brota nueva del corazón la respuesta evangélica, tu solución a nuestra pregunta: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os tenéis amor los unos a los otros» (*Jn 13, 35*).

Éste es el hábito de los cristianos comunes, que –viejos o jóvenes, hombres o mujeres, casados o no, adultos y niños, enfermos o sanos- pueden vestir para proclamar en cualquier lugar y siempre, con su vida, a Aquel en el cual creen, a Aquel que quieren amar.

¹ Publicado en *Fragmentos, Ciudad Nueva Madrid, pág.276*